

*The Oxford Classical Dictionary*  
Oxford University Press 1996  
por Alexander Nehamas

Traducción de Oscar Velásquez

SÓCRATES 469-399 a. C., figura pública ateniense y participante central de los debates tan comunes en la ciudad en la mitad y finales del siglo V. Su influencia ha sido enorme, aunque él mismo no escribió nada.

La filosofía y personalidad de Sócrates alcanzaron una amplia audiencia en la antigüedad, especialmente a través de los diálogos que un número de sus asociados escribió teniéndolo como protagonista. Estos fueron numerosos y lo suficientemente populares como para que Aristóteles los clasificara en la *Poética* como una especie de la obra narrativa por derecho propio. Pero aparte de las obras de Platón solo sobreviven unos pocos fragmentos de los diálogos de Antístenes, Esquines de Esfeto y de Fedón de Elis, y nada de los diálogos de Aristipo, Cebes de Tebas y numerosos otros. Además de Platón, la mayor parte de nuestra información acerca de Sócrates proviene de Aristófanes y Jenofonte, quienes lo conocieron también personalmente, y de Aristóteles, que no lo conoció.

Sócrates fue hijo de Sofronisco y Fenareta, del demos de Alopece. Aunque Platón y Jenofonte lo representan como un hombre pobre, debe en algún momento haber poseído un patrimonio suficiente como para tener derecho a servir como hoplita en las batallas de Potidea, Amfípolis y Delión, gracias a las que obtuvo fama de valiente. Estuvo casado con Jantipa y fue padre de dos hijos.

Como ciudadano, Sócrates parece haber evitado una participación activa en política. Él fue, sin embargo, uno de los presidentes (pritanos) de la asamblea (*ekklesia*) cuando los generales de la batalla naval de las Arginusas fueron llevados a juicio por abandonar los cuerpos de los atenienses muertos allí. Sócrates (que era el presidente del jurado o *epistates* de los pritanos en el día crítico, Jenofonte, *Helénicas* 1. 7. 15 y *Memorables* 1. 1. 18, 4. 4. 2; Platón *Apología* 32b) fue el único que votó en contra de la moción ilegal de juzgar a los generales como a un solo grupo, y los generales fueron ejecutados. Después de la derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso, él ignoró abiertamente una orden de los Treinta Tiranos de arrestar a un ciudadano inocente (Platón, *Apología* 32 c-d).

El círculo de Sócrates incluía un número de figuras que se volvieron en contra de la democracia en Atenas, incluyendo Critias, Cármides y Alcibíades. Esta bien pudo haber sido la razón subyacente de por qué él mismo fue juzgado y condenado a muerte bebiendo la cicuta el 399 a. C. Fue acusado de impiedad, específicamente de introducir dioses nuevos y de corromper a la juventud. Esta acusación puede haber encubierto los motivos políticos de sus acusadores, ya que la amnistía del 403 prohibía los procesos por delitos políticos cometidos antes de aquella fecha.

La ejecución de Sócrates indujo a Platón y a Jenofonte a producir representaciones literarias con la intención de refutar el cargo formal bajo el que fue

juzgado y contradecir la imagen popular, que pudo haber sido inspirada por las *Nubes* de Aristófanes. Aristófanes había representado a Sócrates ocupado en el estudio de la filosofía de la naturaleza y deseoso de enseñar a sus estudiante cómo ‘hacer más fuerte el argumento más débil’: un cargo típico contra los sofistas. Tanto Platón como Jenofonte intentaban diferenciar a Sócrates lo más radicalmente posible de otros miembros del movimiento sofista, con los que él pudo de hecho haber tenido algunas afinidades. Pero difieren en sus estrategias. En ambos autores, Sócrates se dedica, como los sofistas, a la argumentación dialéctica y a establecer distinciones. En ambos, él se rehúsa, a diferencia de los sofistas, a recibir pago. En Jenofonte, sin embargo, él usa la argumentación para sustentar, en contraste con los sofistas, una comprensión tradicional y convencional de las virtudes. En Platón, por otra parte, es de importancia la pregunta de si él sostuvo puntos de vista propios, y su diferencia principal con los sofistas es que, a diferencia de ellos, nunca se presenta a sí mismo como un profesor de tema alguno.

Los retratos de Platón y Jenofonte, incompatibles como son con los de Aristófanes, son también incompatibles entre sí. Esta es la raíz del ‘problema socrático’, la cuestión de si podemos alguna vez capturar la personalidad y la filosofía del Sócrates histórico, o si debemos limitarnos nosotros mismos a la interpretación de una o de otra de sus representaciones literarias. Por varias razones, a mediados del siglo XIX, Platón reemplazó a Jenofonte como el testigo más confiable para el Sócrates histórico, si bien se acepta que nuestro conocimiento de este puede ser a los sumo una materia de especulación. Y aunque no han faltado intentos recientes de rehabilitar a Jenofonte, la mayoría de los estudiosos contemporáneos se vuelve hacia Platón para informarse acerca de las ideas y el carácter de Sócrates.

Ese carácter es frío, distante, reticente e irónico, en contraste con la más convencional, franca, casi paternal figura de Jenofonte. El Sócrates de Platón se abstiene de exponer complicados puntos de vista personales y categóricos, prefiriendo en cambio interrogar a aquellos que pretenden tener por sí mismos esas opiniones. En los diálogos tempranos o ‘socráticos’ de Platón sus preguntas tienen que ver principalmente con la naturaleza y la posibilidad de enseñar la *areté* (‘virtud’, ‘excelencia’, o tal vez ‘éxito’), y aquello que la produce, tanto en la propia persona como en las actividades propias, y sus especies — valentía, sabiduría, piedad, dominio de sí mismo y otras semejantes. Por medio del procedimiento de pregunta y respuesta que vino a ser conocido como *elenkhos* <‘refutación’>, Sócrates refuta a todos aquellos que pretenden conocer lo que es la *areté*, mostrando que sus opiniones son internamente inconsistentes.

El Sócrates platónico es absolutamente serio acerca de la *areté* y de la naturaleza de la vida buena y feliz. Su compromiso para hacer lo que es conforme a su mejor percepción lo correcto de hacer en todos los casos, es inquebrantable. Este compromiso le cuesta finalmente la vida: conforme a la *Apología* de Platón, él suscitó el antagonismo del jurado insistiendo en que su vida había sido tan buena como la de cualquier ser humano, y que lejos de haber cometido acción injusta alguna, él había traído a Atenas los mayores beneficios.

Sócrates parece haber estado convencido de que la sabiduría y la virtud eran en última instancia lo mismo: que si uno conoce lo que es bueno, uno lo hará siempre. Su

argumento era que el bien o *areté*, o conduce a, o bien es él mismo, parte de la vida feliz. Puesto que cada cual desea ser feliz por encima de toda otra cosa, ninguno que sabe lo que es el bien no lo escogerá para hacerlo. Este enfoque ‘intelectualista’ a la ética supone que no existe algo así como ‘debilidad de la voluntad’. Es imposible conocer lo mejor y escoger lo peor: la sola razón por la que la gente escoge el peor curso de acción es que son ignorantes de lo mejor. Esta es una de las ‘paradojas socráticas’, que contradicen la experiencia cotidiana pero que han demostrado ser sorprendentemente impenetrables al análisis y la refutación.

El Sócrates de Platón negó constantemente que él tenía el conocimiento de la *areté* que él consideraba necesaria para la vida buena y feliz. Él se refería a veces a este conocimiento como ‘divino’, en oposición al conocimiento ‘humano’ que él mismo poseía, y que consistía en que él era consciente de su propia ignorancia. Esto, él lo aseguraba, lo hacía a él más sabio que otros, que eran no solo ignorantes de la *areté* sino también ignorantes de su propia ignorancia. En la *Apología* aseguraba que este era el significado del oráculo delfico, que decía que no había en Atenas nadie más sabio que él.

Sócrates a menudo, tanto en Platón como en Jenofonte, se refería a un ‘signo divino’, a un *daimonion*, que le impedía tomar ciertas decisiones: él atribuye su reticencia a participar en política activa a la intervención de este signo. Sus puntos de vista religiosos, si bien a veces coincidían en parte con los de la tradición (reconoció la autoridad de Apolo, por ejemplo, cuando recibió el oráculo delfico) deben haber sido bastante novedosos, puesto que parece que pensó que los dioses jamás podrían causar males o desgracias entre sí, o a los seres humanos. También parece, como lo vemos en el *Eutifrón* de Platón, pretender decir que la aprobación o desaprobación de los dioses no hace que las acciones sean correctas o incorrectas. Al contrario, la rectitud e incorrección se constituyen en forma independiente, y los dioses, que saben lo que ellas son, no solo se comprometen con la primera y rechazan la segunda, sino que aprueban a los seres humanos por actuar de manera semejante.

La seriedad moral de Sócrates se compensa con una personalidad mundana que goza de la buena comida y la compañía: bienes de los que también él está dispuesto a privarse sin quejas si no se hallan a su disposición o si se hallan en conflicto con la búsqueda, mucho más importante, de la *areté*. Tenía una habilidad poco común, como lo vemos en Platón y en Jenofonte, de no hacer nada incorrecto, y su conexión con opiniones filosóficas categóricas fue fundamentalmente ambigua. Estos rasgos, junto con la viveza con que Platón retrata su compleja personalidad, son sin duda los responsables del hecho de que tantas escuelas filosóficas, desde los académicos escépticos y los cirenaicos hasta los estoicos y los cínicos, lo consideraran como la persona que más directamente se aproximaba a su ideal respectivo.

Con la renovación del estudio de los textos griegos en el Renacimiento, Sócrates se hizo influyente también en la filosofía moderna. Él proporciona el primer modelo de un filósofo dedicado en primer lugar a la prosecución de cuestiones éticas. Su búsqueda es sistemática, y su énfasis en la necesidad de saber las definiciones de las virtudes, si es que vamos a decidir con seguridad qué es lo que cae o no cae bajo su comprensión, proporcionó un ímpetu en el desarrollo de la lógica. Además, aún constituye la figura

paradigmática en quien la filosofía, incluso en sus manifestaciones más abstractas, jamás se aparta de las preocupaciones de la vida. Vivió y, lo más importante, murió de acuerdo a sus principios filosóficos. La vívida representación de Platón hace creíble que tal tipo de vida es posible. Pero ya que sus principios no son siempre claros y no podemos estar seguros si él mismo conocía exactamente lo que ellos eran, Sócrates sigue constituyéndose en un misterio con el que debe enfrentarse cualquiera que esté interesado en la filosofía o en los escritos de los griegos.

**Fuentes antiguas primarias** Aristófanes, *Las Nubes*; Platón; Jenofonte, *Memorables*, *Apología*, *Banquete*, *Económico*; Esquines de Esfeto (*Fragmentos*, ed. Dittmar); Antístenes y otros (fragmentos, ed. Giannantoni, *Socratis et Socraticorum reliquiae*, 1990); Aristóteles, *Metafísica*, *Ética a Nicómaco*, *Magna Moralia*.

**Autores modernos** G. Grote, *Plato and the Other Companions of Socrates* (1875); E. Zeller, *Sokrates und die Sokratiker* (1889); A. E. Taylor, *Varia Socratica* (1911); H. Maier, *Sokrates* (1913); W. D. Ross, *Aristotle's Metaphysics*, introducción 2 (1924); G. C. Field, *Plato and his Contemporaries* (1920); O. Gigon, *Sokrates* (1947); A.-H. Chroust, *Socrates: Man or Myth* (1947); R. Robinson, *Plato's Earlier Dialectic* (ed. 2) (1953); W. K. C. Guthrie, *A History of Greek Philosophy III* (1969); T. H. Irwin, *Plato's Moral Theory* (1977); G. Vlastos, *Socrates: Ironist and Moral Philosopher* (1991), y *Socratic Studies* (1994).